

Liliana Mercenario Pomeroy: Camafeos para elíxires

Vicente Quirarte

Los cuadros de Liliana Mercenario Pomeroy cuentan historias, pero no son historias. Para ella, la pintura consiste en alterar el tiempo y el espacio con elementos domésticos, pero obligando al espectador a penetrar en reinos que exigen su estremecimiento y su valentía. Su complicidad pero no su complacencia. Hay una alcoba, en algún lugar del mundo donde un par de mantarrayas practican su lento baile en un agua que es aire; hay un leopardo que altera con su temible simetría los límites del cuarto; hay un bisonte cuyo mugido sintetiza el ansia de la pasión por la doncella, el supremo ritual del instinto primigenio; hay un bosque de muñecas hechizadas donde los ángeles nunca debieron haber penetrado. Hay la plata desnuda de un cuchillo que nunca entrará en la auténtica pureza.

En un hotel de Villahermosa, un gran lienzo de Liliana preside el vestíbulo monumental. El motivo es Carlos Pellicer, desnudo y adánico, sumergido en las aguas lustrales del Usumacinta. Su reflejo en el río no es el de su rostro sino el de un jaguar que simboliza la fuerza y el enigma, la convivencia de hombres y animales en el plano simbólico y en el universo concreto. Retrato y retratista se niegan a ser lo que son y ofrecen siempre más: un intento por rebelarse ante la inmediata y fácil representación.

En las cajas de Robert Cornell, elementos de distintas procedencias se dan cita para orquestar sus pequeñas historias de misterio. Elemento fundamental para la integración de sus metáforas es la limpieza con la que

en todos los sentidos el artista combina y ensambla sus objetos. Sin embargo, hay un factor de enigma y de sorpresa que hace sus cajas inimitables. De idéntica manera, Liliana parte de un dibujo impecable y una veladura de rigor obstinado para armar imágenes de lo extraordinario y lo maravilloso. Inocencia y experiencia chocan sus espadas en estas peligrosas aventuras donde la salvación es siempre la belleza. En



Autorretrato



Butterfly, 2005



El espejo, 1998

su virtuosismo está su estratagema.

Las mujeres de Liliana militan en legiones marginales: son amazonas o ángeles, hacen de la travesura una epopeya, de la inmersión en la alberca un viaje submarino de leguas interminables. Por eso no les basta ser aparador de su belleza. Por eso los cuadros de Liliana tienen la perfección de un camafeo. Pero lo suyos son pequeñas cajas, contenedores para guardar la última gota del perfume letal de Lucrecia Borgia, elixires del diablo, la pluma postrera del ángel traicionado.

La mano que en el muro de la caverna plasmó al animal que le servía de sustento o compañía, estaba aliada al corazón. Capaz de sentir admiración o miedo, guardar la memoria y venerar, quien permanecía en la morada era un cazador de imágenes, un paciente observador que asimilaba el lenguaje corporal de la presa o el predador en turno, el escorzo de su musculatura, el fuelle de su respiración.

Liliana Mercenario Pomeroy parte de tal conocimiento del *ánima* de sus seres retratados. Por eso sus criaturas actúan en el lienzo con categorías que trascienden su significado y arman historias de significantes múltiples. Fieles a un maestro riguroso — el dibujo impecable— sus actores se expresan en escenarios que son también protagonistas.

La ecuación de Lautréamont que encuentra el temblor de la poesía en el encuentro fortuito entre un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de disecciones, tiene en Liliana a una de sus más leales seguidoras. Realistas en sus detalles, sus criaturas y objetos se niegan a permanecer en sus nombres asignados. Piezas de un tablero del otro lado del espejo, se mueven con una heterodoxia que, paradójicamente, mantiene un orden invisible que electriza la mirada. El bosque adquiere ojos y las sombras son flores del bien amenazadas por la finitud. Doncellas de belleza virginal erizadas de espinas o con filo de acero en la mirada, niñas cuya inocencia es preludio del paraíso y su alto costo, bestias que irrumpen para sublimar la mediocridad de

Liliana parte de un dibujo impecable y una veladura de rigor obstinado para armar imágenes de lo extraordinario y lo maravilloso.